

Jesús, a través de la parábola, pone al maestro de la ley ante la disyuntiva de dar sentido a su relación con Dios y reorientarla en función de la radicalidad del amor sin medida. Frente a algo tan fundamental como el amor al prójimo y las exigencias de una humanidad sufriente, las discusiones pueden volverse interminables et inútiles, lo que urge es actuar: ¡Vete y haz tú lo mismo!



“Vete y haz tú lo mismo...” (Lc. 10, 37)

1. Introducción

Si la misericordia surge como reacción frente a la miseria y la fragilidad humana, ella conlleva necesariamente a la acción. Los discursos y las buenas intenciones no resultan suficientes cuando es el proyecto de vida buena y digna lo que está en juego. Transcurridos varios meses de este año jubilar, podemos comenzar a preguntarnos acerca de los frutos que vamos cosechando y cómo vamos transformando en gestos concretos aquello que hemos descubierto. ¿De qué manera la celebración de este jubileo se ha ido mostrando en nuestra vida personal y social? ¿Cuáles son los desafíos pendientes?

2. Para entrar en calor

Elegir tres de las “obras de misericordia” indicadas en los recuadros y compartir ejemplos que muestren cómo dichas obras se expresan o se podrían llevar a cabo en nuestro entorno.

Consolar al afligido	Dar de comer al hambriento	Enseñar a quien no sabe	Asistir al enfermo
Vestir al desnudo	Dar de beber al sediento	Aconsejar al que lo necesita	
Acoger al migrante	Sepultar a los muertos	Perdonar al que ofende	Cuidar la creación

Nada une más con Dios que un acto de misericordia, bien sea que se trate de la misericordia con que el Señor nos perdona nuestros pecados, o bien de la gracia que nos da para practicar las obras de misericordia en su nombre» [...]

La vida cristiana incluye la práctica de las tradicionales obras de misericordia, corporales y espirituales. «Solemos pensar en las obras de misericordia de una en una, y en cuanto ligadas a una obra: hospitales para los enfermos, comedores para los que tienen hambre, hospederías para los que están en situación de calle, escuelas para los que tienen que educarse, el confesionario y la dirección espiritual para el que necesita consejo y perdón... Pero, si las miramos en conjunto, el mensaje es que el objeto de la misericordia es la vida humana misma y en su totalidad».

Obviamente «la misma vida humana en su totalidad» incluye el cuidado de la casa común. Por lo tanto, me permito proponer un complemento a las dos listas tradicionales de siete obras de misericordia, añadiendo a cada una el cuidado de la casa común. Como obra de misericordia espiritual, el cuidado de la casa común precisa de «la contemplación agradecida del mundo» que «nos permite descubrir a través de cada cosa alguna enseñanza que Dios nos quiere transmitir». Como obra de misericordia corporal, el cuidado de la casa común, necesita «simples gestos cotidianos donde rompemos la lógica de la violencia, del aprovechamiento, del egoísmo [...] y se manifiesta en todas las acciones que procuran construir un mundo mejor».

Desde antiguo la comunidad cristiana hizo suyo el desafío de dar continuidad a las palabras y las actitudes de Jesús, proponiendo una manera nueva y distinta de relacionarse (Hech. 4,32-36; Gál. 3,28). Si el ejercicio de la misericordia fue uno de los rasgos característicos del Nazareno, los creyentes buscaron hacer presente este aspecto a través de diferentes iniciativas. A lo largo del tiempo, las llamadas “obras de misericordia” quisieron plasmar de algún modo esta exigencia: Dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir a quien lo necesita, acoger a los migrantes, asistir a los enfermos, visitar a los encarcelados y sepultar dignamente a los muertos, se convirtieron en una manera de responder a la urgencia de este llamado. Junto a estas iniciativas, se fueron integrando aquellas que buscaban aliviar las carencias más profundas invitando al consejo, la enseñanza, el perdón, el consuelo, la corrección fraterna, la paciencia y la oración. En la reciente “Jornada mundial de oración por el cuidado de la creación”, el Papa Francisco nos recuerda que la práctica de la misericordia sigue siendo un desafío para nuestro tiempo. Proclamando la protección de la creación como una “obra de misericordia”, el Papa nos llama a comprometernos aún más en transformar las situaciones de dolor que golpean la vida del ser humano y su entorno, consecuencia del egoísmo, la violencia y la injusticia.

3. Desde la Biblia.

Leer: Lucas 10, 25 – 37.

- ¿Cuáles son las preguntas que hace el maestro de la ley? ¿Cuáles son las respuestas de Jesús?
- ¿Quiénes son los personajes descritos en la parábola? ¿Qué pensamos de sus reacciones?
- ¿Quiénes son los “prójimos” que más nos cuesta acoger en nuestro entorno? ¿Por qué?

4. “¿Qué es lo que debo hacer...?”

Discutir sobre la interpretación de la ley no era extraño entre los rabinos y maestros judíos. Jesús también es invitado a entrar en la discusión. Algunas preguntas surgen en este

diálogo: ¿Qué hacer para conseguir la vida eterna? ¿Qué dice la ley? ¿Cómo interpretarla? ¿Quién es el prójimo? El maestro de la ley, experto en las cosas de Dios, conoce perfectamente la exigencia de amar a Dios y amar al hermano (Dt 6,5. Lev. 19,18). De hecho, la justicia y la preocupación por el prójimo son aspectos que la ley considera fundamentales en la práctica de todo buen creyente (Dt.15, 7-11). Entonces, ¿por qué preguntar algo que ya sabe? ¿Se trata sólo de probar a Jesús? Lo cierto es que las dificultades no se generan en la discusión en torno a preceptos y conceptos. Jesús pone el acento en el verdadero problema, que aparece cuando se trata de confrontar la norma con la vida y de poner rostro concreto al prójimo. Es por ello que Jesús responde a través de un ejemplo desconcertante: Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó. Es asaltado, maltratado y dado por muerto. Dos personajes ligados al Templo pasan, miran y siguen su camino. Un samaritano, en cambio, se conmueve y toma iniciativas que reflejan la capacidad de una compasión sin límites.

Sin duda, los personajes del relato no han sido elegidos al azar. Por un lado se pone de manifiesto la dificultad de aquellos que, aún siendo muy religiosos, se muestran incapaces de acudir en auxilio de alguien que lo necesita, privilegiando el cumplimiento de las reglas por sobre las exigencias de la vida y la compasión. De hecho, la reacción del levita y del sacerdote no es extraña. Ellos se limitan a obedecer las leyes de pureza que exigen evitar el contacto con sangre o con cuerpos muertos. Por otro lado, el samaritano, miembro de un pueblo considerado como enemigo histórico de los judíos, es presentado como ejemplo de humanidad y de compasión. Esto pone de manifiesto que la misericordia auténtica es capaz de superar prejuicios, divisiones y desenmascarar el peligro de una fe basada en el solo cumplimiento de preceptos vaciados de su sentido.

